

El ensayo analiza el papel de la literatura en la conformación de la memoria, a veces en disonancia con la memoria transmitida oral, familiar o socialmente, como fue en el caso de la memoria colectiva de la guerra civil transmitida por los vencedores y contestada por la literatura. Para ello, se analizan los sucesos del puerto de Alicante, en marzo de 1939, tanto en textos históricos como en las novelas: *Campo de los almendros* (1968) de Max Aub, y *Enllà de l'horitzó* (1991), de Enric Valor.

Palabras Clave: Literatura de la memoria. Memoria histórica. Novela. Testimonio. Max Aub. Enric Valor. *Campo de los almendros*. *Enllà de l'horitzó*.

Literaturak memoriaren egituraketan duen betekizuna aztertzen du saiakerak, eta esan beharra dago batzuetan ez datorrela bat ahoz, familian edo gizartean transmitituriko memoriarekin. Horren adibide dugu gerra zibilari buruzko memoria kolektiboa, garaileengandik jaso dena eta literaturaren erantzuna jaso duena. Horretarako, 1939ko martxoan Alacanteko portuan gertatutakoa aztertu da, bai testu historikoetan bai nobela hauetan: Max Aub-en *Campo de los almendros* (1968) eta Enric Valor-en *Enllà de l'horitzó* (1991).

Giltza-Hitzak: Memoriaren literatura. Memoria historikoa. Nobela. Lekukotza. Max Aub. Enric Valor. *Campo de los almendros*. *Enllà de l'horitzó*.

L'essai traite du rôle de la littérature dans la formation de la mémoire, parfois en dissonance avec la mémoire transmise oralement, par la famille ou socialement, comme la mémoire collective de la guerre civile, transmise par les vainqueurs et contestée par la littérature. Pour ce faire, nous analysons les événements du port d'Alicante, en mars 1939, à la fois dans les textes historiques et dans les romans : *Campo de los almendros* (1968) de Max Aub et *Enllà de l'horitzó* (1991) d'Enric Valor.

Mots Clés : Littérature de la mémoire. Mémoire historique. Roman. Témoignage. Max Aub. Enric Valor. *Campo de los almendros*. *Enllà de l'horitzó*.

Ficción, historia y novela. La tragedia del puerto de Alicante

(Fiction, History and Novels.
The Tragedy of the Port of
Alicante)

Oleza, Joan

Universitat de València. Facultat de Filologia, Traducció i
Comunicació. Avda. Blasco Ibáñez, 32. 46010 València
joan.oleza@uv.es

BIBLID [ISBN: 978-84-8419-226-8 (2011); 104-123]

Permitidme que en estas páginas que hablan sobre la memoria comience por la mía, por la que todavía no es histórica pero ya sí vivencia de la historia. Procedente de una familia intensamente implicada en la sublevación militar, crecido en un medio conservador que transpiraba triunfalismo, educado en un colegio privado y católico de ignaciana disciplina, y todo ello en una isla que quiso estar desde el principio del lado de los sublevados, la guerra civil no fue en mi niñez ni en mi adolescencia otra cosa que una gruta oscura, resguardada por el olvido, adonde habían ido a caer todos los recuerdos de una época maldecida, en la que los buenos tuvieron que tomar las armas contra el mal, para defender sus tierras y propiedades, para preservar la religión católica y la vida de sus sacerdotes, para poner freno a los tormentos de las checas, a las quemas y saqueos de las iglesias, para impedir las sacas y los paseos al anochecer. El olvido sumergía los acontecimientos concretos y los detalles, los argumentos en cambio henchían el discurso, que desde los ámbitos institucionales invadía y se anexionaba la vida cotidiana.

Mi infancia está llena de cruces erigidas en los caminos, de iglesias ahumadas, de capillas vacías como una que teníamos en una finca de mis abuelos, y de la que los criados susurraban que un día habían venido y arrumbado las imágenes, y quemado el altar, y sacado a empellones al cura que servía allí, en los días de verano, y del que nunca más se volvió a saber. Mi propio abuelo materno estuvo preso en una checa y una noche de aquellos años cincuenta repicaron insistentemente, con autoridad, en la puerta de la finca, cuando ya el portal había sido cerrado, y todos nos habíamos recogido en el interior de aquella casona señorial, aislada en el campo, a la que todavía no había llegado la luz eléctrica, y en la que la vida se acompasaba con la luz diurna. Era una patrulla de la guardia civil, con el garabato incomprensible de sus tricornios y el mosquetón a cuestras, y hablaron en voz baja con mi abuelo y sus hijos varones, en un rincón de la sala, entre sombras y reflejos de los quinqués, y al cabo los vimos tomar sus escopetas de caza de los colgadores y salir tras la patrulla, mientras entre las mujeres de la casa se esparcía un murmullo de espanto: se han escapado unos maquis y andan sueltos por ahí. Todo transcurría, sin embargo, sin detalles concretos, sin explicaciones preci-

sas, sin escenas, sin apenas nombres, y musitado como en un susurro, como quien se esfuerza en mantener en el letargo de un tiempo muerto las calamidades del pasado. No obstante, recuerdo perfectamente la primera vez que una escena concreta, captada con todo el horror del detalle, se introdujo en mi conciencia. En la casa de mi otro abuelo, el paterno, uno de los jefes sublevados en julio de 1936, había en la salita una librería de puertas de cristal, siempre cerradas con llave, que guardaba algunos –no muchos, a decir verdad– libros, y mostraba numerosas fotos de mi tío, el hermano de mi padre, en campaña, en una tierra remota y cubierta por la nieve, que yo entonces no sabía que era Rusia, adonde mi tío había acudido como voluntario de la División Azul. Un día alguien dejó abiertas, por descuido, las puertas de cristal y yo pude saciar mi curiosidad de niño lector entre aquellos libros, muchos de ellos de signo religioso, con títulos adoctrinadores y ejemplares; otros, los recuerdo bien, con un cariz bien distinto, como el que ostentaba aquel titulado, muy escuetamente, *Mi lucha* y que firmaba un tal Adolfo Hitler. Entre aquellos libros me llamó la atención especialmente uno, por la violencia de su título, impreso en gruesas letras de sangre sobre un fondo de portada pobre, amarillenta: *La horda roja*, ése era el título. Se trataba de un libro de fotografías, de las que todavía quedan bastantes en mi memoria, pero sobre todo una, que me temo que me acompañará hasta el final de mis días: en ella, unos hombres desaliñados, con gorras y zapatillas, jugaban al fútbol con una cabeza humana. En el pie de foto aprendí una palabra que tampoco he olvidado: la vesania, la vesania roja.

Fue en la librería de mi padre, una librería generosa, abundante, sin puertas de cristal, y muy puesta al día en materia literaria, cosa en verdad chocante en un oficial del ejército como él, que había hecho y ganado la guerra, donde yo recibí mi iniciación literaria. Allí pude leer, muy tempranamente, libros como *La náusea* de Sartre, o *El extranjero* de Camus, o *Los mandarines*, de Simone de Beauvoir, además de *La busca* de Baroja, o las *Sonatas* de Valle Inclán, o las obras completas de Blasco Ibáñez, o las de García Lorca –aureoladas por el prestigio de sombra de su asesinato–, libros que representaban un mundo muy distinto del de curas y militares, procesiones de Semana Santa, o prohibiciones dirigidas contra casi todo que reinaba en las calles de mi ciudad. Allí, en esta librería, hice un hallazgo inolvidable, que fue mi primer encuentro con la cara hasta ahora oculta de la guerra civil, y que fue una primera sacudida sísmica del andamiaje todavía muy tierno de mis creencias a propósito de casi todo. El libro lo firmaba Ernest Hemingway y se titulaba *Por quién doblan las campanas*, estaba impreso en Argentina (como casi todo en aquellos años), y tenía en la portada una fotografía de Ingrid Bergman y Gary Cooper, los actores que habían protagonizado el film de Sam Wood del mismo título (1943).

Fue pues la literatura, no la vida, la que me condujo a componer mi incipiente memoria histórica en materia de guerra civil, el conjunto de acontecimientos relevantes que, sin haberlos vivido, yo quería indagar, conocer y retener para mí, para mi propia formación, para fundamentar mis opciones, para la trabajosa configuración de mi identidad. Después vinieron otros libros, como *La forja de un rebelde*, de Arturo Barea, *Contraataque* y *Crónica del alba*, de Sender, las nove-

las de *El laberinto mágico* de Max Aub, *El Jarama* de Ferlosio y *Los bravos* o *Cabeza rapada* de Jesús Fernández Santos, *Los cipreses creen en Dios* y *Un millón de muertos* de José María Gironella, *La plaça del diamant* de Mercè Rodoreda, *Tres días de Julio*, de Luís Romero, *Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes, *Incerta glòria*, de Joan Sales, o *La pell de brau* de Salvador Espriu... por citar sólo algunas de las lecturas que más contribuyeron a esa memoria antes de que se iniciara la década de los setenta y comenzaran a cambiar todas las cosas, y más que ninguna otra el conocimiento de los acontecimientos históricos.

Y de entre este conjunto de acontecimientos, que iban cobrando cada vez más relieve en mi memoria histórica, hubo uno que me atrajo siempre de forma especialmente intensa por su patetismo, por su aura trágica, por lo que tiene de cumplimiento inexorable de la fatalidad: la concentración en el puerto de Alicante en los últimos días de marzo de 1939 de una multitud en desbandada, despojos de la resistencia republicana, su espera tan desesperada como inútil de una liberación por mar, y finalmente su apresamiento por las tropas franquistas. Llegué a este acontecimiento, una vez más, por medio de la literatura, y dos novelas tuvieron la principal responsabilidad, las dos valencianas, pero una en castellano, *Campo de los almendros* (1968), de Max Aub, y la otra en catalán, *Enllà de l'horitzó* (1991), escrita veintitrés años después por un escritor, Enric Valor, que sin embargo era tan sólo unos años más joven que Aub, y que por consiguiente novelaba como éste sobre la base de su memoria viva de los hechos.

Los sucesos, a pesar de su importancia, no han cobrado el relieve memorístico y literario de otros momentos de la guerra civil, como el asedio de Madrid, la batalla del Ebro, el éxodo republicano hacia Francia por las carreteras, caminos y veredas de Cataluña, y su confinamiento en los campos de concentración franceses, o la resistencia de los maquis, verdadero tema estrella de la literatura de la memoria. De los sucesos del puerto de Alicante dieron cuenta, aparte de estas dos importantes novelas, un breve pasaje de *Sumaríssim d'urgència* (1979), la novela autobiográfica de otro testigo histórico, Gonçal Castelló, los *Cuentos sobre Alicante* y *Albatera* (1985), de Jorge Campos, testigo también de los hechos, y alguna que otra narración que se les ha venido a agregar en los últimos años, como *Los naufragos del Stanbrook* (2004), de Rafael Torres Torres, escritor nacido en 1955, y por tanto no contemporáneo a los hechos. Junto a ello, hay que anotar diversas crónicas periodísticas y memorias que suponen testimonios contemporáneos, como "El fin de la epopeya española: Alicante" (1940), de Felipe A. Cabezas; *Los vencedores de Negrín* (1940), de Edmundo Domínguez; *El final de la guerra* (1975), de Luís Romero; *¡Sálvese quien pueda! Últimos días de la guerra civil española* (1981) de Matías González; "Testimonios negros de nuestro tiempo" (1994) de José Bonet Sanjuán, por el lado republicano; por el lado auto-denominado "nacional" habría que recordar *Alicante 1936-1939* (1974) de Emilio Chipont Martínez-Mongino¹; de este tipo de material documental, testigo

1. Para otros testimonios locales de los sucesos vid. Girona y Santacreu (2007, 65-66).

de los hechos, deben quedar muestras inéditas de probable interés, como “Lo que ocurrió en el puerto de Alicante”, de Ángel Lafuente, que Francisco Caudet consultó para su edición de *Campo de los almendros* (2002), en el *Dossier de la agrupación socialista de Valencia*; o *El último mes. Marzo de 1939. Diario inédito*, que cita como impreso sin editor, lugar ni año, Manuel Tuñón de Lara (1974), datándolo no obstante en Madrid, en 1947.

Paralelamente a los testimonios y a las novelas han trabajado los historiadores de la guerra civil, que como escribe uno de ellos “es el acontecimiento más estudiado de nuestra historia”, y valga como muestra el cómputo de 3.597 publicaciones de esta índole, referidas a la guerra civil, en los veinte años que van de 1975 a 1995 (Calzado Aldaria, 2007, 9). Girona y Santacreu (2007), que han estudiado la “historia y memoria de la guerra” distribuyen en cinco períodos significativos la producción histórica sobre la guerra civil: el primero abarca los años mismos de la guerra, de julio de 1936 a abril de 1939, y predomina el carácter testimonial; el segundo se extiende desde el final de la guerra hasta los años sesenta, “con un claro predominio de las obras de vivencias y de memorias sobre las específicamente históricas”; el tercero, comienza con la contestación de los 60 y llega hasta el final del franquismo, y en él el tema entra en la universidad española de la mano de los historiadores hispanistas (Thomas, Payne, Carr, Jackson, Broué y Témime) y comienza a incorporar, tras la muerte del dictador, obras procedentes del exilio y temas hasta entonces proscritos por el franquismo; desde finales de los setenta hasta el cincuentenario de 1986, se produce un cambio cualitativo en la producción historiográfica: son determinantes en esta profunda renovación el acceso a los archivos de la guerra, los trabajos históricos de tipo local y regional que obligan a una reinvestigación de los hechos generales, la celebración de los primeros grandes congresos sobre el tema, además de algún ensayo de gran repercusión metodológica, como la *Metodología histórica de la guerra y la revolución españolas* (1980) de Pierre Vilar, Ronald Fraser y Pierre Broué. El quinto y último período transcurriría entre 1986 y la actualidad, y en él se imponen estudios de carácter temático y específico sobre la economía y las colectividades, la represión, los aspectos estrictamente militares y la multiplicación de trabajos de historia comarcal y local de la guerra.

Y es en contrapunto con este trabajo de reconstrucción histórica cómo la aportación de la ficción a la memoria de los acontecimientos llega a hacerse nítidamente observable. Tomemos como banco de pruebas el voluminoso ensayo histórico *La España del siglo XX*, publicada inicialmente en 1966, por Manuel Tuñón de Lara, obra especialmente significativa respecto a los sucesos del puerto de Alicante puesto que el prestigioso historiador fue, simultáneamente, testigo directo de los hechos, que vivió en primera línea, y que comentó ampliamente en su correspondencia con Max Aub (*Epistolario*, 2003), quien le convirtió en personaje de su novela. Tuñón acaba su extensa historia con un capítulo sobre “El fin de la guerra”, cuyo último apartado lleva por título “El golpe de Casado y el fin de la guerra”. El historiador reconstruye los hechos desde el centro políti-

co de los mismos y siguiendo una cronología lineal. Comienza con la preparación de la reunión del consejo de ministros en la posición Yuste, de Elda, el día 6 de marzo, presidida por Negrín, reunión a la que se negaron a incorporarse, con diferentes excusas, tanto el General Miaja como el coronel Segismundo Casado, quien, desde Madrid, estaba organizando la conspiración contra el gobierno de Negrín desde los sótanos del Ministerio de Hacienda, contando con la colaboración de los socialistas seguidores de Besteiro y con los anarquistas de Cirpiano Mera. El golpe de estado sale a las ondas en la medianoche del mismo día 6 y en un Manifiesto del Consejo Nacional de Defensa, presidido por Casado. El historiador va siguiendo los acontecimientos desde Madrid y desde Elda, el desencadenamiento de la persecución contra los comunistas y su apresamiento, la resistencia de estos, la batalla entre republicanos de distinto signo en las calles de Madrid, los fusilamientos sumarísimos, los intentos inútiles de mediación entre el gobierno y la Junta casadista, los movimientos militares, el desigual éxito del golpe en las distintas zonas todavía controladas por la República, la salida de España de Negrín y un reducido grupo de dirigentes al ser tomado el control de Alicante por la Junta, los intentos de negociación de la paz con Franco y su cuartel general por parte de la Junta, intentos que tropiezan siempre con la negativa de Burgos y su exigencia de una rendición incondicional de la República, el avance ya sin resistencia de las tropas franquistas, la huida de Casado, vía Valencia y puerto de Gandía, a bordo del buque británico Galatea, con el consentimiento de los falangistas, que habían ocupado ya la ciudad,... Tuñón de Lara comenta de pasada:

Por las carreteras que van hacia Alicante desfilaba una interminable hilera de camiones y coches de toda clase.

Se detiene un momento a considerar la escapada improvisada de algunos afortunados:

Hubo quienes desde puertos de refugio consiguieron salir en pequeños grupos en improvisadas embarcaciones.

Pero lo que le interesa fundamentalmente es llegar a una conclusión sobre el caos organizado por el golpe de estado y por la pretensión de la Junta de llegar a “una paz honrosa” negociada con Franco:

La política de la “paz honrosa” había privado a los republicanos de todas las posibilidades de repliegue ordenado, de evacuación y de defensa.

El resultado fue la concentración de una muchedumbre en el puerto de Alicante, que había confluído allí con la esperanza de una evacuación por mar a bordo de buques ingleses y franceses que vendrían en su ayuda.

En Alicante había más de 15.000 personas –militares, políticos, mujeres, niños, simples combatientes– que escrutaban ansiosamente el horizonte esperando columbrar la silueta de unos barcos que impidiesen caer en manos de los vencedores [...] Al atardecer del día 30 –un día gris de llovizna– entraban las tropas italianas, al mando de Gambará [...] iban cantando la *Giovinetta*.

Tuñón narra los esfuerzos de algunos cónsules (los de Argentina y Cuba) y de una Delegación Internacional para crear una zona neutral en el puerto, que respetasen los vencedores, mientras se esperaba a los barcos que supuestamente habían de venir al rescate. La firme posición de Franco, anunciando a los gobiernos francés e inglés que todo intento de evacuación sería considerado un acto inamistoso, y el bloqueo del puerto por buques de guerra a las órdenes de Burgos, acabó con la ya escasa voluntad de intervenir de estos gobiernos. La llegada de las tropas de Franco, que sustituyeron en el control de la ciudad y del puerto a las italianas, acabó con la zona neutral y con toda resistencia:

El último reducto de la República se entregaba a los soldados de Gambara. En la mañana del 1º de abril salían del puerto – hacia los campos de concentración de los Almendros, de Albaterra, de la plaza de toros y del castillo de Alicante- los últimos jefes militares [...] La guerra había terminado.

El relato de Tuñón, que forma parte de una historia general, es un relato forzosamente sintético. Si acudiéramos a uno mucho más pormenorizado y reciente, como el de Eladi Mainar (2007), comprobaríamos que dedica una especial atención a la salida de Casado de Valencia y a su partida consentida al exilio desde el puerto de Gandía, tras lo cual se centra en “la tragedia de Alicante”. Su relato aporta al de Tuñón que, mientras la confusión se extiende por la ciudad, con la exhibición pública de grupos franquistas, los mandos militares republicanos, y a su cabeza el coronel Burillo, se esforzaban en ordenar la llegada y el alojamiento de los aproximadamente 15.000 refugiados y procedían a la fortificación del puerto. Esta aceptación general del orden sólo se vio alterada por algunos suicidios, causados por la desesperanza creciente. Mainar detalla las personalidades republicanas acogidas en el puerto, y citando al propio Tuñón caracteriza la situación “como un reencuentro trágico de todo el que contaba en la zona republicana”, y plantea la desautorización del general italiano Gambara, dispuesto a aceptar la zona neutral y la evacuación por mar de los refugiados, por el propio general Franco, que exige la rendición total, sin condiciones. El día 28 zarpó del puerto un viejo barco carbonero, el Stanbrook, de 1.000 toneladas, con más de 3.000 refugiados amontonados en su cubierta, que amenazaban seriamente la seguridad de la navegación. Al día siguiente, el 29, le siguió el buque comercial *Maritime*, de mucha mayor capacidad, 9.000 toneladas, pero sólo aceptó a bordo una treintena de refugiados, todos ellos representantes políticos de la provincia de Alicante. Fueron los dos únicos barcos que se hicieron a la mar. Otros, que aguardaban en el exterior del puerto, y que habían sido enviados por el Comité Internacional para la Evacuación, no se atrevieron a desafiar el bloqueo franquista sin la protección de los buques de guerra franceses e ingleses. Finalmente, Mainar precisa que la entrega de los refugiados a las tropas franquistas e italianas se produjo en dos momentos diferentes: el 31 de marzo, salieron del puerto 8.000 refugiados, quedando dentro de él otro contingente, armado y dispuesto a resistir, en espera de los barcos. Estos últimos no tuvieron al día siguiente, 1 de abril, más opción que la de entregarse.

Tanto la novela de Valor como la de Aub abordan estos mismos acontecimientos, con desigual detalle y perspectiva. Uno, Valor, lo hace desde una perspectiva focalizada en su personaje protagonista: vemos y oímos lo que él ve y oye, y somos guiados en todo momento por su discurso y sus percepciones, predominando en su modo de narrar-subjetivo- el relato sobre la escena. El otro, Aub, entre bastidores, casi ausente del relato salvo por intermitentes apuntes irónicos y por un cierto deje distanciado, acumula una escena sobre otra, con escasas acotaciones narrativas, interesado por encima de todo en la multitud y variedad de las voces de los personajes y despreocupado a menudo de precisar quién habla, atento sobre todo a captar el carácter coral de la tragedia. Pero ambos, el escritor en catalán y el escritor en castellano, elaboran sus textos con una abundante y trabajada documentación, que manifiesta una voluntad de sumar a la historia sus testimonios, o si se prefiere, de convertirlos en instrumentos de reconstrucción histórica, un rasgo muy característico en la escritura de la memoria contemporánea a los acontecimientos. Al leerlos, sobre todo cuando se centran en los de Alicante, da la sensación de que la ficción se retira con pudor a un segundo plano, dejando bien visible en el primero no el recuerdo de los hechos, no su memoria, sino su representación. No obstante, ambos autores estructuran su narración en tres grandes secuencias, bien distinguidas entre sí en el caso de Aub, menos en el de Valor, en una disposición clásica, que falta en los historiadores y que marca una primera gran diferencia en la construcción del sentido: la descomposición de la República tras el golpe de Casado y la desbandada hacia Alicante juega el papel del planteamiento; el nudo es la tragedia de la espera en el puerto; el desenlace, la salida del puerto, muy diversa en ambas novelas, hacia los campos de concentración o el exilio.

En la novela de Valor es la primera secuencia, la de la descomposición y la desbandada, la que se beneficia de un gran despliegue narrativo, que conduce al protagonista desde Albaida a Cocentaina, desde Cocentaina a Alcoi, al paso por Xixona, a la parada nocturna en Sant Vicent del Raspeig, y finalmente a la llegada a Alacant, y en cada una de estas fases, que presenta sus propias historias, se va acentuando la sensación de clandestinidad y de persecución de los protagonistas, que se sienten traicionados desde dentro del propio bando republicano, en una guerra civil dentro de otra guerra civil, pero sobre todo la sensación de desmoronamiento acelerado y masivo de lo que fue la República. Entre sus efectos sobre la memoria de los lectores queda la muy plástica impresión del territorio: los lugares de la desbandada, la ruta a la vez natural y urbana de la derrota.

En la de Aub, en cambio, dividida formalmente en tres partes, se guarda un equilibrio estricto entre las dos primeras secuencias, dejando algo más adelgazada la tercera. En la primera, localizada preferentemente en la ciudad de Valencia y sus alrededores, predomina el análisis de la descomposición del régimen republicano, la representación de las escenas en las que un conjunto muy amplio de personajes, bastantes de ellos históricos, van experimentando la repercusión del golpe de Casado, el enfrentamiento entre la Junta y los comunistas, la caída de los frentes, la entrada fascista en Madrid, en sus propios destinos, transformándolos

irremediamente. Muchos de estos personajes se disponen, hacia el final de esta primera parte, a escapar como ha escapado Casado, y bastantes de ellos fijan sus esperanzas en Alicante, pero la desbandada propiamente dicha sólo se articula por medio de la experiencia del joven comunista Vicente Dalmases, que escapa de Madrid en camiones primero, andando después, en dirección a Valencia, en un viaje varias veces interrumpido y reanudado, y desde Valencia ayuda a los residuos de dirección de su partido, que ha pasado a la clandestinidad, a organizar la escapada de militantes comunistas en una caravana de camiones hacia el puerto de Alicante, donde le espera Asunción, su mujer y co-protagonista de la novela.

Si nos centramos en la secuencia intermedia, la de la ciudad y el puerto de Alicante, veremos a la novela de Valor desenvolverse como una novela de acción, frente a la de Aub que es sobre todo una novela de situación y de escenario. En *Enllà de l'horitzó* los jóvenes Frederic Genovard y Pere Bernabeu, ambos comunistas, han hecho noche en la casa de unos camaradas en Sant Vicent del Raspeig. A la mañana, mientras preparan su marcha a la ciudad, y se desprenden de todo el equipaje innecesario o dudan sobre qué documentación conviene llevar consigo, asisten a la escena en que el matrimonio ya mayor que les ha acogido se despide de la casa en la que han habitado durante buena parte de su vida. La vieja la recorre habitación por habitación. Ellos tienen sitio reservado en el Maritime, los jóvenes tratarán de abordar el Stanbrook. En la ciudad, a la que llegan a las cinco de la tarde, se encuentran con el hermano de Pere, Toni Bernabeu, miembro influyente del Comité Provincial del Partido Comunista, y protector de Genovard, a quien ha incorporado a su propia fuga y la de los suyos. Acompañados por un dirigente histórico de la CNT, Nicolau Banyuls², que actúa de mediador, se presentan en un clima de hostilidad casadista ante el gobernador de Alicante, quien los recibe amablemente y ratifica los documentos de la Junta casadista que exoneran de cualquier responsabilidad penal a Bernabeu, por su trayectoria impecable en defensa de la República. Bernabeu entonces pide la libertad de los cincuenta y tantos comunistas arrestados en la prisión Provincial. El Gobernador Civil reconoce con pesadumbre que lo haría si pudiera porque es de justicia, pero que no está en sus manos. Este es uno de los dos motivos claves de la secuencia de Alicante: Bernabeu, a quien su familia espera embarcada en el Stanbrook, no cede, y a pesar de que van pasando las horas, realiza diversas visitas, la última a la prisión Provincial, donde reclama la liberación de unos presos que si continúan encarcelados a la llegada de las tropas franquistas serán irremisiblemente fusilados. El responsable de la prisión se niega en redondo y le amenaza con detenerlo. Cuando

2. A pesar de que Valor juzga severa y negativamente el papel de los anarquistas en la guerra civil, y de que su punto de vista se sitúa, como el de Aub, del lado del gobierno de Negrín y de la estrategia de los comunistas, se esfuerza, en el final de su novela, en abrigar la gesta de sus protagonistas comunistas con la acción benefactora de amigos anarquistas, que son capaces de superar la feroz hostilidad entre sus organizaciones en aras de una solidaridad de Frente Popular. Banyuls es, en este sentido, el primero, pero en el desenlace de la novela serán los amigos anarquistas quienes protejan primero, y embarquen después hacia Francia, en una embarcación preparada por ellos y para ellos, a los protagonistas.

finalmente, impotentes, se dirigen hacia el puerto ya son las ocho pasadas, pero la marcha es entorpecida por una multitud que bloquea el paso del automóvil, que han de abandonar, abriéndose paso a empujones en dirección al Stanbrook, pero cuando llegan el Stanbrook ha retirado ya la pasarela y soltado amarras. De entre el gentío que se amontona en cubierta alguien lo reconoce y arroja un cable, que después de varios intentos inútiles consigue atrapar Toni, mientras Pere y Frederic le incitan a que se escape, pues es el más comprometido de todos. Agarrado al cable Pere se lanza sobre el costado del buque y tras golpearse con él queda suspendido. Desde cubierta lo van izando. Pere y Frederic, entonces, se dirigen al Maritime, esperando poder embarcarse, pero los guardias del buque, chapurreando un torpe español, se lo impiden, y el barco no tarda en zarpar y en alejarse hasta perderse en el horizonte, en un forzamiento de la cronología por la ficción, pues el Maritime partió en verdad al día siguiente. El protagonista reflexiona entonces sobre su situación: aquello no estaba nada bien, piensa, él no había hecho daño a nadie, había trabajado y cumplido con su deber desde la infancia, y ahora le roban un bien muy hondo, muy bien ganado en difíciles circunstancias: “el dret a la pau i al gaudi de la vida en el nostre terror” (*el derecho a la paz y al disfrute de la vida en nuestra tierra*) (519). Con esta reflexión, y con la decisión de marcharse del puerto cuando aún es tiempo, tomada por Pere, quien comprende que allí no hay salida posible, acaba esta secuencia, que pasa de largo por la dramática situación de la multitud en el puerto y se centra en dos motivos fundamentales: el intento inútil de liberar a los presos comunistas de la cárcel republicana antes de que lleguen las tropas franquistas, y la partida del Stanbrook y del Maritime, los últimos barcos que salieron del puerto de Alicante, dejando abandonados en los muelles a los postreros residuos de la resistencia republicana.

En la novela de Aub, por el contrario, es la situación misma del puerto la que se convierte en objeto privilegiado de la narración, con su protagonismo colectivo. Los cuatro capítulos de la Segunda Parte se estructuran como los de un diario: 28, 29, 30 y 31 de marzo, a día por capítulo. La tercera y última parte, dedicada ya al desenlace en el campo de concentración de *los almendros*, comenzará el 1 de abril. En los primeros capítulos la acción se mueve en buena parte en la ciudad, entre múltiples escenarios: el Gobierno civil, la Comandancia militar, la Comandancia de carabineros, la Subsecretaría de armamentos, la Logia masónica de la ciudad, la Federación socialista, la redacción de *Avance*, llegamos incluso a las casas de la playa de San Juan o al aeropuerto, además de caminar por las calles de Alicante. Pero la ciudad se va perdiendo paulatinamente. Primero son los teléfonos de las instituciones, que quedan cortados, y cuando alguien por fin responde se descubre con sorpresa una voz al otro lado que grita “¡Arriba España!”. Después son los quintacolumnistas, que salen cada vez con menos precauciones a las calles, que cruzan velozmente con sus coches, sus gritos y sus banderas. Comienzan a exhibirse banderas monárquicas en los balcones, y un día, cuando los mandos de la Junta de evacuación se dirigen al Gobierno civil, se encuentran allí instalado al nuevo gobernador nombrado por decreto desde Burgos, un amable farmacéutico al que todavía pueden intimidar. A medida que

avanza la acción, y que se cierran los caminos alternativos de huida por aire, mar o tierra (hacia Gandía, hacia Torrevieja, hacia Santa Pola), el escenario se va reduciendo a los límites del puerto, de donde ya no saldrá hasta el final, alcanzando así una concentración simbólica de la tragedia.

Este es el lugar de la tragedia: frente al mar, bajo el cielo, en la tierra. Este es el puerto de Alicante, el treinta de marzo de 1939. Las tragedias siempre suceden en un lugar determinado, en una fecha precisa, a una hora que no admite retraso. El cielo está cubierto porque tiene vergüenza de lo que va a suceder,

escribe Ferrís en su diario, al principio del capítulo III.

Salta a primer plano entonces un simbolismo que sale de la novela y se proyecta sobre todo el ciclo narrativo de Aub, al que dio su título, el del laberinto, que se inicia en el sueño de Paulino Cuartero, y como en *Campo del moro*, la novela anterior del ciclo, se asocia a la locura:

Nos metieron en un laberinto, al salir del paraíso. Estamos perdidos [...] Para vivir en un laberinto hay que estar loco. Todos los españoles nos volvimos locos, hace de eso muchísimos años.

Que se despliega en *las páginas azules*, en boca del propio Aub: "llegué al lugar donde la palabra laberinto cobra su significado" y que se cierra en la conversación de Cuartero con su amigo Julián Templado, con quien conforma la principal pareja de corifeos de la tragedia:

Templado:- ¿Saldremos de este laberinto?

Cuartero:- ¿Qué laberinto?

Templado:- Este en el que estamos metidos.

Cuartero:- Nunca. Porque España es el laberinto.

Un simbolismo que adquiere también connotaciones funerales, como dice una de las voces anónimas, el 31 de marzo: "A quien están enterrando es a la República, desde ayer".

El panorama del puerto es el de un amontonamiento caótico de coches, camiones, tanques, bicicletas, toda clase de vehículos y máquinas abandonados, inútiles, pura chatarra, sobre cuyos techos o a cuyo abrigo se acogen los personajes, y también de pilas de sacos, de lentejas y de garbanzos, sobre todo. Vivaquea la muchedumbre entre hogueras, mientras del cielo gris cae una lluvia insistente, por momentos recia, que dura los cuatro días. Dentro del puerto, el orden es casi perfecto: se ha atrincherado la entrada y se mantiene en ella una guardia armada permanente; primero algunos mandos, de forma aislada, después, ya constituidos en Junta de Evacuación, distribuyen a la muchedumbre en cinco zonas diferentes según la militancia: comunistas, UGT, socialistas, republicanos y masones, y finalmente los de la CNT y la FAI³; esta misma Junta estable-

3. De hecho esta es la organización con la que se habían dotado de manera espontánea los refugiados, a medida que iban llegando. La Junta no hará más que reforzarla.

ce una primera lista de setecientos refugiados a evacuar, los más comprometidos según las propias organizaciones, a cada una de las cuales corresponde una cuota, una lista que más tarde se reducirá a cuatrocientos, cuando se reduzcan también las expectativas. A todos ellos se les dota de una contraseña para su embarque. Desde la Junta de Obras del puerto se dirige aquella enorme masa, que en la novela se cifra de manera imprecisa en 30.000 personas:

Treinta mil hombres –¿cuántos?– apelotonados, perdidos porque han perdido, acorralados. Treinta mil hombres sin salida, aferrados a la esperanza de una columnilla de humo, en las últimas piedras que les quedan, frente al mar).

En este panorama se mueve un número muy elevado de personajes, a los que el autor trata obsesivamente de prestar su voz. En las páginas que el autor llama *azules*, y que al final del tercer capítulo de esta segunda parte inserta para abrir un espacio a su propia voz, páginas de un extraordinario valor metaliterario, muestra hasta qué punto le obsesiona la vastedad de su tarea:

Veinte, treinta, cuarenta mil personas hacinadas en el puerto [...] Treinta mil de los que no puedo hablar, treinta mil que no quieren dormir, treinta mil que se saben perdidos. Los números nunca son exactos.

Para dar idea de la realidad, el autor debiera abrir miles de cráneos, exponer miles de pensamientos enrevesados [...] explicar las torturas, las esperanzas, los desengaños de los amontonados en el puerto, dormidos, despiertos, transidos [...] ¿Qué piensan, esta noche, los refugiados en el puerto de Alicante, último residuo –no baluarte– de la República Española, último extremo de la Gran Guerra Civil que ha enfrentado una vez más media España a la otra media?

[...]

El novelista tiene que escoger entre miles de personajes, reunidos en el puerto en la noche fría del 30 al 31 de marzo de 1939 [...] Escoge y no escoge, se deja llevar por los que conoce y por otros que se le presentan inesperadamente.

[...]

Allí hay treinta mil posibles protagonistas.

En la novela se reúnen muchos personajes históricos de los que estuvieron presentes en el puerto de Alicante, personajes como el Teniente coronel Burillo; José Gómez Osorio, gobernador de Madrid; Rafael Henche, alcalde republicano de Madrid; Edmundo Domínguez, Comisario Inspector del Ejército del Centro, y Ángel Lafuente, juez instructor, dos de los principales cronistas de los sucesos; Ángel Gaos, hermano del filósofo José Gaos, y como él, amigo de Aub; Manuel Molina Conejero, Gobernador Civil de Valencia, y Etelvino Vega, Gobernador militar de Alicante; los poetas Miguel Hernández y Pascual Pla y Beltrán; el futuro historiador Manuel Tuñón de Lara y el Comisario general del Ejército de Levante, José Ignacio Mantecón, ambos muy amigos de Max, etc. Y con ellos se reúnen buena parte de los personajes ficticios que han poblado las novelas del *Laberinto mágico*, algunos de ellos juegan aquí un papel protagonista, como Julián Templado y Paulino Cuartero, que comentan los acontecimientos desde un registro intelectual elevado, a veces filosóficamente, a veces con alardes de ingenio o de humor

corrosivo, a veces hablando por no callar, pero siempre a modo de coro de tragedia; o como Vicente Dalmases y Asunción Meliá, los jóvenes amantes comunistas, que llegan por separado al puerto y se buscan incesantemente, desesperadamente, entre la multitud, mientras se cruzan y entrecruzan con otros muchos personajes, o se vislumbran sin poder llegar a encontrarse, hasta que finalmente se reúnen y viven casi indiferentes a todo lo que no sea su felicidad el final de la aventura, saliendo prisioneros y abrazados hacia el *campo de los almendros*; alrededor de estas parejas pululan otros muchos personajes del *Laberinto*, Ambrosio Villegas, Paco Ferrís, Juanito Valcárcel, Rafael Saavedra, Don José Burgos, Gaspar Requena⁴. Uno de los casos más curiosos es el de un dúo histórico-ficticio que conjugan el personaje histórico José Rodríguez Vega, Secretario General de la UGT, y el personaje ficticio inspirado en él, Luís González Moreno, dirigente ugetista, que ya había jugado un papel de protagonista en la novela anterior *Campo del moro*: Aub se despista en ocasiones, y pasa del uno al otro sin darse cuenta, pero en otras los hace comparecer juntos, como buenos amigos⁵. Aunque como es lógico la inmensa mayoría de los personajes que juegan un cierto papel son republicanos, no faltan personajes totalmente ajenos a la guerra, como el pescador que quiere volver al muelle para pescar, una vez que los vencedores han desalojado el puerto, tras meses y meses sin poder ir allí a hacerlo, y se encuentra con que los soldados ocupantes no le dejan. Su monólogo quejoso cierra, irónicamente, la Segunda Parte de la novela. Y también se encuentran los personajes del otro lado, como José Silva, aquel señorito medio cura-medio falangista escondido desde hace tres años en un cuartucho de una buhardilla por una extraña Circe, Magdalena, que si bien lo encubre también lo encierra, y sobre todo lo disfruta, y que el día que ve llegar las tropas fascistas lo obliga a yacer una vez más con ella y, apenas acabada la faena, le descerraja un tiro y se mete otro en la boca. O como aquella señora, la madre del comandante Bañón, fusilado al principio de la guerra al reprimir los republicanos la sublevación militar, y que ahora se pasea por el puerto y cuando alguien le pregunta qué hace allí, ella contesta:

- Veros.
- ¿Por qué?
- Por gusto: para convencerme de que existe la justicia de Dios.

La novela de Aub, en su Segunda parte, la del puerto de Alicante, es una tragedia coral, ya lo hemos dicho. Toda ella transcurre, con apenas paréntesis narrativos, de voz en voz, entre voces anónimas muchas veces, otras con nombres y apellidos, y de voz en voz va transcurriendo también la acción. Son innumerables

4. "Ahora están ahí, –escribe Max de sí mismo, en tercera persona, en las *páginas azules*– en el puerto de Alicante, todos sus personajes, los presentes y los ausentes, los muertos y los vivos, los que sólo aparecieron y aparecerán fugazmente en las páginas de sus relatos, los que están ahí de verdad. Todos, presentes y ausentes. Amigos y enemigos" (399).

5. Véase pp. 356-357.

las conversaciones entre los refugiados y bastantes los monólogos y soliloquios, también se registran sueños y se transcriben cartas, algunas de ellas privadas, otras verdaderas crónicas, y hasta el discurso delirante de Juanito Valcárcel, que subido a una farola parafrasea el discurso de Saint Just a la Convención el 13 de marzo de 1794. Intercaladas entre las conversaciones, y al albur de la intervención de tal o cual personaje, se evoca su historia pasada, en ocasiones se traza toda una biografía, que es como un embrión de novela, que aboca en una acción presente, como en el caso de Julio Gómez, *el Gordo*, o de Benito Bravo, o del *Churro y Joselito*, o de Monse, la militante del amor libre que consigue escapar gracias a ello del puerto y de la prisión, o como en el de Domingo Calderón, el joven aventurero y soldado de veintinueve años a quien acaban por nombrar como comandante del puerto y es el encargado de salir al encuentro del general italiano Gambara, de rendir su compañía pero no su bandera, lo que está a punto de costarle la muerte. A veces, pocas, las conversaciones tienen un carácter cultural, como cuando Cuartero evoca la poesía de Paul Valéry o se habla de la muerte reciente de César Vallejo, contada a Templado por Juan Larrea en París, o como cuando Ferrís, Valladares y Templado tratan de interpretar el *Gernika*, de Picasso, ya por entonces interpretado por Larrea y por Max Aub. En otras ocasiones se somete a juicio la actuación de Besteiro, las causas de la derrota republicana, el papel de Azaña, o por qué los comunistas no consiguieron dominar Madrid el golpe de Casado. Se deja observar, sobre todo en el pensamiento de Vicente Dalmases, la incredulidad, mezclada de desesperación, por la derrota:

¿Quién duerme hoy en Alicante? ¿O duermen todos? Sí, es un sueño. Sabe que no, pero quisiera que lo fuese. La verdad no puede ser verdad. No puede haber perdido –él, Vicente– la guerra.

En diversas ocasiones se repite, por unos u otros, lo que ya se dijo en *Campo del moro*, que el golpe de estado de Casado y la indigna forma de la derrota final han deshecho, disuelto, disipado, destruido, la gesta heroica de todo un pueblo. Al final de esta Segunda parte, Claudio Piqueras, un maestro de escuela, señala a su hijo a esa muchedumbre de vencidos y le dice:

No lo olvides, hijo, no olvides nunca pase lo que pase, son lo mejor de España, los únicos que, de verdad, se han alzado, sin nada, con sus manos, contra el fascismo, contra los militares, contra los poderosos, por la sola justicia.

Pero esta ratificación de la propia gesta, que escuchamos en boca de diversos personajes, alterna con la angustia por el futuro inmediato:

- Sí, ¿qué va a ser de nosotros? No es muy difícil suponerlo: nos encerrarán, nos seleccionarán, fusilarán a quienes les parezca mejor o nos meterán en la cárcel por algún tiempo o para siempre. A otros les dejarán libres para hacerles la vida imposible.

Y en otra ocasión:

Los residuos de un ejército vencido. ¿Quién se ha ocupado nunca de esto? Nos desharemos como azúcar mojado, en el cuerpo del país, en la tierra.

En este escenario masivo, oral y coral, algunas líneas de acción van pausando el paso del tiempo. La primera, ya lo sabemos, es la de los amantes que atraviesan una y otra vez, y de un lado para otro, la muchedumbre, buscándose, como nuevos Persiles y Segismunda. En esta busca Vicente, que al principio no es incluido por su Partido entre los que han de ser embarcados en primera instancia, y que por primera vez se rebela contra el Partido con la sensación de que su vida en servicio del partido, su abnegación y su esfuerzo, todo su tiempo, han sido estafados, consigue que lo incluyan en la lista y que le entreguen una contraseña, pero al comprobar que Asunción, a quien todavía no ha encontrado, no podrá partir con él, pues sólo admitirán a hombres, rechaza la contraseña, sale de la zona acotada, y prosigue la persecución de su amada.

La segunda línea de acción viene dada por la expectativa de los barcos que han de venir a rescatar a los refugiados. Se inicia con la contemplación del viejo carbonero Stanbrook, que carga en su cubierta a un gentío desmesurado para su capacidad, y del Maritime, que en cambio impide con sus guardias armados que nadie embarque, y que al zarpar con unos pocos refugiados provocará la caída de una mujer al agua y su muerte entre las hélices. Ambos abandonan el puerto el primer día de la acción, el 28, con diferencia de horas, y a partir de este momento los miles de ojos no dejarán de otear el mar, pendientes de la más mínima señal de otros barcos que vengan en su ayuda, y las miles de voces harán circular rumores, noticias confusas, falsas noticias, siempre prometedoras, que mantienen la esperanza de la gente: los barcos vendrán, salen ahora de tal o cual puerto, están llegando, los envía tal o cual gobierno... Poco a poco, no obstante, algunos, como el joven Rafael Saavedra, el 30 de marzo, antes de pegarse un tiro, comienzan a barruntar: "No hay barcos ni los habrá" (368). El día siguiente todos ven acercarse un barco, y después, casi enseguida, otros tres, que se acercan al primero. Entre el alborozo y la angustia los refugiados observan que el barco francés que se acercaba, el Tigre, se detiene, vira, y vuelve a desaparecer tras el horizonte. Como explicará el cónsul francés, los tres barcos españoles, que mantenían el bloqueo del puerto, amenazaron al Tigre con atacarlo en caso de que no abandonara de inmediato las aguas territoriales. Horas después, alguien resume el estado de la cuestión:

Bueno, hijos, esto se acabó. Por lo menos por el mar. Aquí no van a entrar más barcos que los franquistas.

El Narrador toma por una vez la palabra para hacer el balance de la situación:

A partir del momento en que todos supieron que había desaparecido cualquier esperanza de embarcar —ya había caído la tarde—, la mayoría vio su fin próximo. Igual que los de la Junta, sólo tenían una duda: la de si acabarían con ellos allí mismo o utilizarían otro procedimiento.

La tercera línea de acción la encarnan los mandos políticos y militares presentes en Alicante con su esfuerzo por ordenar a la multitud, mantener la calma y la disciplina, organizar la posible evacuación, y negociar primero con los cónsu-

les y después con el General Gambara y las tropas italianas una posible zona neutral en el puerto, respetada por los ocupantes, y que permitiera la evacuación si llegaban los barcos prometidos. El mismo día 28, Manuel Rodríguez, el gobernador de Alicante, y Edmundo Domínguez, dirigente socialista encargado de la evacuación, dan la situación por perdida y embarcan sin notificarlo a nadie en el Stanbrook. Cuando al día siguiente llega Vicente al gobierno civil se encuentra con que nadie se responsabiliza de nada: “¿Quién lleva todo esto?”, pregunta perplejo. Desde el primer día, en cambio, algunos dirigentes como Henche, Gómez Osorio, Rodríguez Vega, Pascual Tomás, y Burillo han comenzado a tomar decisiones. El día 30, en la Comandancia Militar, ellos y algunos más nombran un nuevo gobernador y se constituyen en junta de evacuación. Son ellos quienes negocian con los tres cónsules la zona neutral, quienes buscan todas las vías posibles para el envío de barcos y la evacuación, los que tratan de negociar con Air France la salida de los dirigentes, y consiguen que, al menos, salga uno, Pascual Tomás, hacia Toulouse, no sin pasar por el control franquista del aeropuerto, ellos quienes se enfrentan al prematuro gobernador franquista, y ellos los que se entregan a la penosa tarea de pergeñar unas listas de evacuación preferente, primero de setecientos refugiados, después, obligados por las noticias de los cónsules, de cuatrocientos, y de congregarlos en una zona acotada, en espera del barco que los ha de rescatar. También son ellos quienes, tras la llegada de las tropas italianas, el día 30 de marzo, negocian con el General Gambara y con los cónsules un acuerdo de 9 puntos por el que se establece una zona internacional en el puerto, que las tropas deberán respetar. El autor, entre bambalinas, sin intervenir, es sumamente respetuoso con este grupo de dirigentes y con su esfuerzo, y graba en los lectores una impresión admirativa, tanto más cuanto algunos de ellos fueron fusilados sumariamente en los días siguientes, y otros en los meses posteriores. Al teniente coronel Burillo se lo anuncia incluso un compañero de carrera, ahora del otro lado, el día que va a negociar con Gambara. También este General y las tropas italianas son tratados con deferencia por el autor, pues respetan la zona del puerto, sirven comida caliente a los hambrientos refugiados, y firman el acuerdo de la zona internacional. A los italianos les sustituirán los falangistas y las tropas españolas, con una violencia nada autorreprimida. Franco desautoriza el acuerdo de Gambara y obliga al inmediato y total desalojo del puerto. De lo contrario, se excusa Gambara ante Burillo, atacarán a los refugiados con su artillería. El día 31, los altavoces repiten hasta tres veces que si el día 1, a las 6 de la mañana, no está desalojado el puerto, será bombardeado por la aviación. Una ametralladora, emplazada en la ladera del castillo de Alicante, lanza una ráfaga de intimidación. Cuando los refugiados comienzan a salir por la única puerta que han dejado, entre la doble fila de soldados del Tercio, hacia el *campo de los almendros*, el castillo, o las distintas cárceles que se han improvisado en la ciudad y en los pueblos más próximos, alguien pregunta: “¿Qué cárcel habrá para tantos?” Y también alguien contesta: “Toda España”. Es el momento en que los soldados comienzan a esculcar a los refugiados: relojes, estilográficas, joyas... precisamente por negarse a entregar su estilográfica, al escritor Paco Ferrís le descerrajan un tiro. También es

el momento de las primeras revanchas, como la que ejecuta un cabo de la guardia civil sobre Benito Bravo, pegándole tres tiros, o la de un falangista que hace apalazar a un obrero de su pueblo, Manuel, que le había expropiado la fábrica de sus padres, y después le vacía el cargador de su pistola. Es también el momento de los primeros fusilamientos sumarísimos:

Ortega, el Director General de Seguridad; EteIvino Vega, aquel jefe de división comunista; López Quero, el diputado socialista y el teniente coronel Burillo, que había llevado personalmente la mayor parte de las negociaciones de esos días, fueron fusilados de inmediato [...] El día uno de abril, por la mañana, en el Patio de los Caballos de la Plaza de Toros de Alicante llamaron a "Comisarios y Jefes de Brigada". Formaron un primer grupo (algo más de veinte) y los ejecutaron allí mismo. Formaron un segundo grupo; llegó entonces Pimentel e impidió que prosiguiese la matanza, ordenada por un comandante.

Una última línea que queda poderosamente grabada en la memoria del lector, y que asciende en intensidad desde el primero hasta el último día, es la de los suicidios, que a manera de redobles trágicos de tambor van pautando el ritmo de la narración. El primero del que se tiene noticia ocurre el 30 de marzo, alguien se pega un tiro y los presentes comentan que se trataba de un tal Peinado, que había sido juez del tribunal que condenó a José Antonio Primo de Rivera. Ese mismo día, un joven al que el lector ha conocido como personaje a lo largo de la novela, Rafael Saavedra, al comprender que ya no habrá más barcos y mientras se oye al fondo el himno fascista *Giovinezza*, cantado por los italianos que están llegando, se encarama a un poste, llama la atención de los que están alrededor, saca su pistola y se pega un tiro. Para entonces sólo se han suicidado cinco o seis, poca cosa entre diez o veinte mil, dice Templado. Pero Cuartero le advierte:

Todo es empezar. Suicidarse, aunque parezca el acto más individual del mundo, es una epidemia.

Y su diagnóstico se cumple: hay un padre viudo que mata a sus tres hijos y se suicida; otro que se mata mientras perora; otro que se suicida frente a su mujer y que salpica sus sesos sobre el plato de lentejas que está comiendo un vecino; al poco el narrador ya no elabora la escena, trata a los suicidas en grupo:

Empezaron a llegar noticias de nuevos suicidios. Había donde escoger: comisarios políticos, algún funcionario –pocos–, unos militares; los más, miembros de comités de pueblos;

cuando el buque franquista Vulcano echa el ancla en el puerto y en la cubierta desenfundan las ametralladoras y las bocas de los cañones,

en un cuarto de hora se suicidaron doce: seis con arma blanca, otros tantos con arma de fuego;

para entonces, Juanito Valcárcel, el loco enamorado de la Revolución Francesa, se dedica a contar suicidas, y ya lleva dieciséis. Cuando el narrador hace balance de la situación, tras la ruptura por Franco del acuerdo de Gámbara y los cónsules con la Junta de Evacuación, comenta no sin un deje de sorna cruel:

Los que aún tenían que suicidarse lo hicieron, mientras miles empezaron a destruir cuanto llevaban.

Al final de la Segunda parte, un cronista que se esconde bajo las siglas J.M. cuenta que en la noche del 31 de marzo al 1 de abril se suicidaron, según sus datos, veintitrés personas.

Al interrumpir su narración en la noche del 30 de marzo para intervenir directamente en su novela, en unas páginas que él quiso que fueran *azules*, y como tales las editamos, Max Aub “se despide, supone que para siempre, de la Guerra Civil Española”, que le ha tenido empeñado en la larga empresa de su *Laberinto mágico*, comenzado a escribir al día siguiente de su salida de España por la frontera francesa, y que vio su primer volumen publicado, *Campo cerrado*, en 1943, veinticinco años atrás. Ahora, en 1968, se despide con estas palabras:

Ahora bien, lo que importa es que quede, aunque sea para uno solo en cada generación, lo que aconteció y lo sucedido en Alicante estos últimos días del mes de marzo de 1939.

A contribuir a que se perpetúe su memoria se han dedicado estas páginas.

Bibliografía citada

- Anónimo. *El último mes. Marzo de 1939. Diario inédito*. Madrid. Lo cita como impreso sin editor, lugar ni año, datándolo no obstante en Madrid, en 1947, Manuel Tuñón de Lara (1974).
- AUB, Max. *Campo de los almendros*. México. MORTIZ, Joaquín (ed.). Cito por Max Aub, *Obras Completas*, bajo la dirección de Joan Oleza, vol. III-B, edición de F. Caudet y L. Llorens, marzo de 1968.
- . TUÑÓN DE LARA, Manuel. *Epistolario (1958-1973)*, ed. de F. Caudet. Segorbe, Fundación Max Aub, 2003.
- BONET SANJUÁN, José. "Testimonios negros de nuestro tiempo". En: *Cuadernos republicanos*, nº. 19, julio de 1994.
- CABEZAS, Felipe A. "El fin de la epopeya española: Alicante". En: *Nuestra España*, VI. La Habana, marzo de 1940.
- CALZADO ALDARIA, Antonio. "Los historiadores de la Guerra Civil". En: GIRONA, Albert; SANTACREU, José Miguel (eds.). *La Guerra civil en la Comunidad Valenciana. Vol. 18: La memoria de la guerra civil*. Badalona: Crítèria, 2007; pp. 9-28.
- CAMPOS, Jorge. *Cuentos sobre Alicante y Albatera*. Barcelona: Anthropos, 1985.
- CASTELLÓ, Gonçal. *Sumaríssim d'urgència*. València: Prometeo, 1979.
- CAUDET, Francisco ed. "Estudio Introductorio". En: Aub, Max, *Campo de los almendros*, en *Obras Completas*, bajo la dirección de Joan Oleza, vol. III-B, edición de F. Caudet y L. Llorens, marzo de 2002.
- CHIPONT MARTÍNEZ-MONGINO, Emilio. *Alicante 1936-1939*. Madrid: Editora Nacional, 1974.
- DOMÍNGUEZ, Edmundo. *Los vencedores de Negrín*. México: Nuestro pueblo, 1940.
- GIRONA, Albert; SANTACREU, José Miguel. "Historia y memoria de la guerra". En: GIRONA, Albert; SANTACREU, José Miguel (eds.). *La Guerra civil en la Comunidad Valenciana. Vol. 18: La memoria de la guerra civil*. Badalona: Crítèria, 2007; pp. 29-73.
- GONZÁLEZ, Matías. *¡Sálvese quien pueda! Últimos días de la guerra civil española*. México: Editores mexicanos unidos, 1981.
- LAFUENTE, Ángel. "Lo que ocurrió en el puerto de Alicante". En: *Dossier de la Agrupación Socialista de Valencia*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias. Citado por F. Caudet (2002).
- MAINAR, Eladi. "Alicante y Gandía. Última esperanza republicana". En: GIRONA, Albert; SANTACREU, José Miguel (eds.). *La Guerra civil en la Comunidad Valenciana. Vol. 15: El final de la guerra*. Badalona: Crítèria, 2007; pp. 96-105.
- ROMERO, Luis. *El final de la guerra*. Barcelona: Ariel, 1975.
- TORRES TORRES, Rafael. *Los naufragos del Stanbrook*. Sevilla: Algaida Editores, 2004.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel. *La España del siglo XX*. Barcelona: Laia, 3 vols., 1974. La primera edición es de 1966. Cito por la tercera.
- VALOR, Enric. *Enllà de l'horitzó. Obra literaria Completa, III. Cicle de Cassana*, Pròleg de V. Escrivà. València: Tàndem Eds., 1991.
- VILAR, Pierre; FRASER, Ronald; BROUÉ, Pierre. *Metodología histórica de la guerra y la revolución españolas* (1980). Barcelona: Fontamara, 1982.